que a realidade é outra, que o mundo é outro, que a saída das grandes potências do Tratado de Paris deve acender um sinal de alerta e que devemos começar a desconstruir velhas certezas e evitar cair na autocomplacência. Quando nos confrontarmos com os tomadores de decisão do poder real, lembremos que não se deve sentar em uma mesa de pôquer com a mentalidade de jogadores de xadrez. Assumamos de uma vez que não só a conservação global de anfíbios, mas que também as nossas ações como conservacionistas, estão em crise. Se não tomarmos consciência disso é porque nos tornamos burocratas.

Notas:

[1] Embora o tema da "normalização" tenha sido amplamente desenvolvido ao longo de sua obra, sugiro a leitura de "Le panoptisme et le redressement des Morales" em Focault, M. 1975. *Serveiller et Punir: Naissance de la prison*. Paris. Gallimard. 325pp.

[2] https://piie.com/commentary/speeches-papers/what-washington-means-policy-reform (03/08/2017).

[3] http://www.oecd.org/pisa/pisaenespaol.htm (03/08/2017).

Traduzido do Espanhol por José Perez Pombal Júnior

Neoliberalismo, ignorancia y conservación.

Esteban O. Lavilla

UEL (Fundación Miguel Lillo – CONICET) – Tucumán, Argentina

Han pasado casi 30 años desde que nos diéramos cuenta de los problemas que afectan a los anfibios a escala global, y a pesar de todas las acciones que emprendimos en su nombre, no solamente no logramos revertir, sino que no fuimos capaces siquiera de atemperar el deterioro para la inmensa mayoría de las especies afectadas. Entonces, surge la pregunta ¿qué hicimos o hacemos mal? Para disipar un poco la nube de pesimismo en la que nos encontramos, quizás convenga cuestionarnos y reflexionar sobre este problema, por demás complejo, para visualizar en los resultados éxitos y fallas, y ver si es posible encontrar la salida del laberinto en el que siento que estamos.

Quizás se pregunten en qué ayudará a los anfibios un ensayo que reflexionará más sobre política que sobre biología en una revista herpetológica. La respuesta es simple: No podemos alardear de analfabetismo político cuando hoy, más que nunca, la conservación depende absolutamente de ella. Y para entendernos, comencemos desde el título.

Cuando hablo de neoliberalismo, hablo de ellos. Cuando digo conservación, hablo de nosotros. Y cuando señalo la ignorancia, me refiero a todos.

Al tratar el neoliberalismo debemos tener en claro que no solo es una corriente político-económica, sino que es una ideología que involucra todos los aspectos de la vida de una sociedad organizada. En uno de esos regresos cíclicos que observamos en América del Sur, luego de una década de gobiernos populistas (que, dicho sea de paso, no se lucieron para nada en la conservación de los recursos naturales), hemos retornado a un modelo que creíamos que había mostrado su estrepitoso fracaso a comienzos del milenio. Cuando escribo esto, en agosto de 2017, el neoliberalismo ya está instalado por el voto democrático en Argentina, Colombia, Paraguay y Perú, se instaló por un golpe mediático en Brasil, como oposición paraliza a Venezuela y, aunque se autodenominan gobiernos de centro-izquierda, maneja la economía en Chile y Uruguay. Como conservacionistas debemos ser conscientes de este cambio de orientación y de filosofía en los gobiernos de los países del continente (y de buena parte del mundo occidental), porque conlleva muchas acciones que directamente se oponen a las políticas ambientales que nosotros consideramos adecuadas.

Veamos:

En el proyecto neoliberal el poder ya no solamente reprime, sino que normaliza y, al decir de Michel Foucault[1], de ese modo van construyendo formatos de pensamiento y disciplinando nuestro modo de pensar. Y esa realidad "normalizada", que nos instala categorías y criterios generadas por las corporaciones macroeconómicas, pretende que creamos que no existe otra manera de hacer lo que ellos quieren que se haga que aquellas que ellos nos imponen. Esto viene de la mano de la concentración oligopólica de los medios de comunicación, cuya fuerza y penetración vemos cotidianamente, y esa manipulación dio lugar al afianzamiento del concepto de posverdad. Posverdad define el hecho que, a la hora de manipular a la opinión pública, aunque la verdad no exista se generan consensos para establecer que determinadas ideas pasen por verdaderas. Traducido al lenguaje llano, posverdad es el modo políticamente correcto de hablar de mentiras que nos quieren hacer pasar por verdades...

Además, los gobiernos neoliberales aplican el decálogo del mal recordado consenso de Washington, compilado por John Williamson a fines de los '80, y que propone, en alguno de sus puntos sobresalientes, re-direccionar el gasto público, reformas tributarias, liberalización del comercio, de las barreras a la inversión extranjera y a la flotación de los tipos de cambio y tasas de interés y el desguace del estado con la privatización de todas las empresas públicas[2].

Esta idea de achicar el gasto público, porque un estado pequeño significa un país grande, según nos quieren hacer creer, tiene su primera manifestación en la reducción de la inversión en educación, ciencia y cultura. Cualquiera que lea los diarios,

aun los que cantan loas a los oficialismos de nuestros respectivos países, verán la notable desinversión y vaciamiento de los organismos que promueven programas de investigación y desarrollo y la asfixia que sufre la educación pública. Y cuidado aquí. La asfixia a la educación pública, gratuita y obligatoria no solamente se verifica en el plano económico, que es el más visible y el que más ruido hace, sino en modificaciones, a veces no tan sutiles en los programas educativos. En mi país, Argentina, hoy hay una campaña gubernamental para desprestigiar a la enseñanza según los dictados del pensamiento crítico, porque, como decía hace un momento, el estado neoliberal debe "normalizar". Dicen que la escuela pública muestra rendimientos bajos en las evaluaciones internacionales tipo PISA, que son las siglas en inglés del Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos, generadas por la OCDE, que es la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, iniciativa cuya misión es promover políticas que mejoren el bienestar económico y social de las personas alrededor del mundo[3]... Es decir, un centro de domesticación para obtener graduados capaces de resolver problemas que otros establecen como problemas, y así impedir el pensamiento autónomo o discordante...

En otras palabras, y en lo que a nosotros nos importa, el neoliberalismo implica, más allá del empobrecimiento de los segmentos medios de la población y la pauperización de los estratos más bajos, el hecho gravísimo de que competencias que tradicionalmente eran asumidas por el Estado pasan a ser desempeñadas por el sector privado, si eso reporta algún beneficio económico. Si no produce beneficios, directamente se descarta.

¿Y esto qué tiene que ver con la conservación? Pues bien, desde el punto de vista neoliberal, la conservación es un pésimo negocio, porque hay un profundo desbalance entre la inversión realizada (o que debería realizarse) y los resultados obtenidos (o que deberían esperarse). Además, para la doctrina neoliberal las áreas naturales protegidas son una fuente constante de lucro cesante. Para quien no está al tanto de este concepto, lucro cesante en este contexto es la ganancia que se deja de obtener dado el estatus de protección estricta de una superficie de terreno determinada. ¿Alguien pensó cuánto cuesta la madera del Parque Nacional Iguazú en Argentina, o el petróleo del Parque Nacional Yasuní en Ecuador, o el cobre del parque Llullaillaco en Chile, y así siguiendo?

¿Ustedes creen, por un momento, que si las corporaciones económicas que influyen en el poder político así lo decidieran, no lograrían las leyes necesarias para quitarles su condición de protección? Solo necesitaría una campaña sostenida de medios de comunicación cómplices, y vamos adelante. Si fueron capaces de deponer una presidenta elegida democráticamente en el Brasil, ¿se imaginan lo que pueden hacer con una reserva natural?

Por si no ha quedado claro aun lo que quiero decir con la presentación de estos escenarios apocalípticos, es que debemos replantearnos y deconstruir, esto es, reconsiderar, lo que hemos venido haciendo con nuestras acciones de conservación, que hasta el momento no han brindado los resultados esperados. Debemos pensar que cada vez será más difícil cerrar la grieta entre conservación y desarrollo económico, que ya son vistas como acciones antagónicas, y al interactuar con tomadores de decisiones, dejar la ingenuidad académica de lado...

Cuando me encuentro atrapado en situaciones como esta busco explicitar el problema tratando de responder algunas preguntas. Por ejemplo,

¿Por qué no hemos logrado los resultados esperados?

La respuesta creo que es simple, y es porque los que trabajamos en conservación podemos dilucidar las causas primeras y últimas, y ofrecer soluciones teóricas y prácticas de un valor incalculable, pero no tenemos ninguna capacidad fáctica para aplicar y hacer cumplir esas soluciones.

¿Y en manos de quién está esa capacidad?

De las autoridades que se ocupan en legislar y aplicar las leyes, y en una serie de otras entidades gubernamentales que, con frecuencia, cambian de políticas con cada cambio de ministro.

¿Y por qué ese divorcio entre los que proponemos las soluciones y los que deben aplicarlas?

Porque entre nosotros y ellos, hay un amplio páramo de ignorancia compartida.

Veamos:

- Generalmente, entre "nosotros" tenemos puntos de vista científicos y filosóficos coincidentes, hablamos utilizando el mismo lenguaje y estamos convencidos de que el problema que analizamos tiene prioridad sobre todo lo demás.
- Por vocación, deformación profesional o simple ignorancia, frecuentemente aislamos los problemas de conservación del complejo contexto social, cultural, político y económico en el que están inmersos nuestros países.
- Generalmente no nos ponemos en lugar de "ellos", los políticos y economistas, quienes deberían ser nuestros interlocutores válidos, ignoramos sus razones y empleamos códigos de comunicación diferentes. Es más, hasta algo tan básico como el lenguaje con frecuencia es mutuamente incomprensible.
- Por último, partimos de escalas temporales y de necesidades inmediatas diferentes: mientras los biólogos hablamos a escalas generacionales o multigeneracionales, el tiempo de los economistas se termina en el próximo balance, el de los políticos en la siguiente elección y el de muchísima gente de a pie, donde deberíamos encontrar aliados, a fin de mes.

Para reafirmar esta percepción, los invito a hacer un ejercicio sencillo, que consiste en dar respuesta a dos preguntas, bastante simples:

- La primera: ¿qué ve un herpetólogo cuando se enfrenta a una especie de anfibio que se encuentra en alguna de las categorías de riesgo de la IUCN? De inmediato surge un torbellino de respuestas, que van desde modificaciones irreversibles de hábitat hasta enfermedades emergentes, pasando por otros cientos de factores.
- La segunda: ¿qué ven los funcionarios encargados de legislar y aplicar las leyes cuando se enfrentan a una especie de anfibio que se encuentra en alguna de las categorías de

riesgo de la IUCN? La respuesta es nada. No ven nada. Es más, ni siquiera saben que existen los anfibios, porque la última vez que oyeron hablar de ellos fue, en el mejor de los casos, cuando tenían 14 años e iba a la escuela... O si los tiene presentes, probablemente sientan alivio porque cada vez serán menos los renacuajos que tendrán que sacar de la piscina en su casa de condominio o barrio cerrado...

Resumiendo, la conservación de la diversidad biológica en general, y de los anfibios en particular, en países emergentes como los nuestros es una cuestión doblemente difícil, dado que, a más de los problemas intrínsecos que conlleva, se debe luchar contra numerosos factores extra biológicos. De hecho, la mayor parte de estos países sobreviven como exportadores de materias primas con poco o ningún valor agregado, y la generación de dichos recursos impacta directamente sobre los espacios naturales, con las consecuencias por muchos conocidas. Queda claro que la conservación biológica dejó de ser un problema del que debieran ocuparse los solamente biólogos para ser uno del que debería ocuparse toda la sociedad. Pero el escollo aquí está dado por una combinación de factores que tiene que ver con lo político, lo económico y la ignorancia, o franca estupidez. Estos, huelga decirlo, constituyen los ingredientes de una tormenta perfecta para la conservación de la naturaleza en general y de los anfibios en particular.

Por ello, y a pesar de los esforzados triunfos obtenidos, que se mostrarán en todo su esplendor en las ponencias que siguen en este simposio, como conservacionistas debemos darnos cuenta que la realidad es otra, que el mundo es otro, que la salida de las grandes potencias del tratado de paris debe encendernos una señal de alerta, y que debemos comenzar a deconstruir viejas certezas y evitar caer en la auto-complacencia. Cuando nos enfrentemos a tomadores de decisión del poder fáctico, recordemos aquello de no sentarnos en una mesa de póker con mentalidad de ajedrecistas, y asumamos de una vez que no solo la conservación global de los anfibios, sino también que nuestro accionar como conservacionistas está en crisis. Si no tomamos conciencia de esto es que nos hemos transformado en burócratas.

Notas:

[1] Aunque el tema de la "normalización" fue ampliamente desarrollado a lo largo de su obra, se sugiere la lectura de *Le panoptisme et le redressement des morales* en Foucault, M. 1975. *Surveiller et Punir: Naissance de la prison.* Paris. Gallimard. 325pp.

[2] https://piie.com/commentary/speeches-papers/what-washington-means-policy-reform (consultado el 03/08/2017).

[3] http://www.oecd.org/pisa/pisaenespaol.htm (consultado el 03/08/2017).



Atractus ronnie, Tiangua, CE. Foto: Daniel Loebmann.